

fundible aquello que nos fue entregando. A través de su colaboración con escenógrafos, maquilladores y diseñadores de vestuario, logramos percibir, más que un estilo cerrado, un tanteo, un estado de ánimo sonriente.

El amor por el cachureo y lo disperso, el gusto por los recursos del viejo circo o de los organilleros, la afi-

nidad con lo casual, ponen a Pérez en línea con las aportaciones estéticas de Neruda, o de Nicanor Parra, o de la Violeta, o del *Taxi para tres* o incluso del *Rumpi*. Algo chileno, entrañablemente local, bulle en aquellos registros.

Tal como Almodóvar nos ha regalado, más que unas películas, un sis-

tema integral en donde caben música, forma, color, lenguaje, estilo, gesto y argumento, así también Andrés Pérez ha dejado con nosotros un entramado sutil de chaquetas a cuadros y bigotes pintados con corcho, un mundo un poco desordenado de muebles recogidos de alguna tía o de pequeños telones fotográficos callejeros.

De algún modo u otro, me ha tocado ser testigo de la trayectoria de Andrés y ver casi todas sus producciones. Quiero tratar de rescatar algunas imágenes y reflexiones que han quedado en mi memoria y revivir ciertos momentos significativos de *La huida*, su última creación.

Desde que asistí, en diciembre de 1988, al estreno de *La Negra Ester* en Puente Alto, a febrero de 2001, en que estrena *La huida* en las Bodegas de Matucana, se establece un ciclo marcado por una constante preocupación y obsesión por fundar y rescatar espacios para el teatro. Independientemente de tener una capacidad de convocatoria de distintos actores y creadores para generar una propuesta artística, frente a la carencia de espacios dignos para la actividad teatral, Andrés se caracterizó por tener un ojo especial para encontrar lugares y *sacramentarlos* para el teatro. Su sensibilidad lo hacía detectar espacios residuales o marginados de los circuitos oficiales, para luego dignificarlos con su creación. Con sus propias manos y el trabajo arduo de muchos amigos, los limpiaba y adecuaba para hacerlos acogedores y aptos para la representación.

Todos recordaremos ese primer ruedo circense en Puente Alto, que

los pelusas apedreaban o tajeaban, la reconquista del Teatro Esmeralda, la ocupación de la Casa Amarilla, la terraza del Cerro Santa Lucía, su Teatro Callejero que irrumpía vistosamente en distintos barrios de Santiago y por último, las Bodegas de Matucana. Todos estos lugares fueron tocados por el misticismo teatral y el ingenio de Andrés. Es verdad que muchas veces pasamos frío o había un grado de incomodidad por la falta de baños o dureza de las graderías, pero al final, salíamos cargados de entusiasmo por el acto de comunión en que habíamos participado y recomfortados por el vino caliente o las tibias sopaipillas.

Pero, además de ese talento para habitar los lugares, se va perfilando un talento para establecer espacios escenográficos con fuerza plástica y dramática. Su concepción para las

puestas en escena está íntimamente ligada a la propuesta espacial. A veces, en colaboración con diseñadores que le son leales hasta el fin, en otras ocasiones, con sus propias ideas, conjugando todos sus talentos. Como síntesis de esta capacidad y visión certera, se manifiesta la puesta en escena de *La huida*. Sin desmerecer el encantamiento de *La Negra Ester*, la que seguí muchas veces y en diferentes lugares, o *El desquite*, que cautivaba por su plasticidad y materialidad, creo que su último montaje es la obra de la madurez. En esta producción, se combinan magistralmente el Andrés Pérez autor, actor, director y artista plástico.

Quedé muy impactado por la fuerza y valentía del texto y por la interpretación del equipo. Pero también me gustó la simple concertación del espacio y de los elementos con-

Desde Puente Alto *Recuerdos fragmentados*

Ramón López C.

Escenógrafo y Director Teatral
Profesor Escuela de Teatro PUC

Y es que es en los detalles, en la mirada gacha que se posa desangeladamente sobre los objetos mudos, donde se juega la nostalgia.

Andrés Pérez fue el instalador sonriente de nuestra nostalgia.

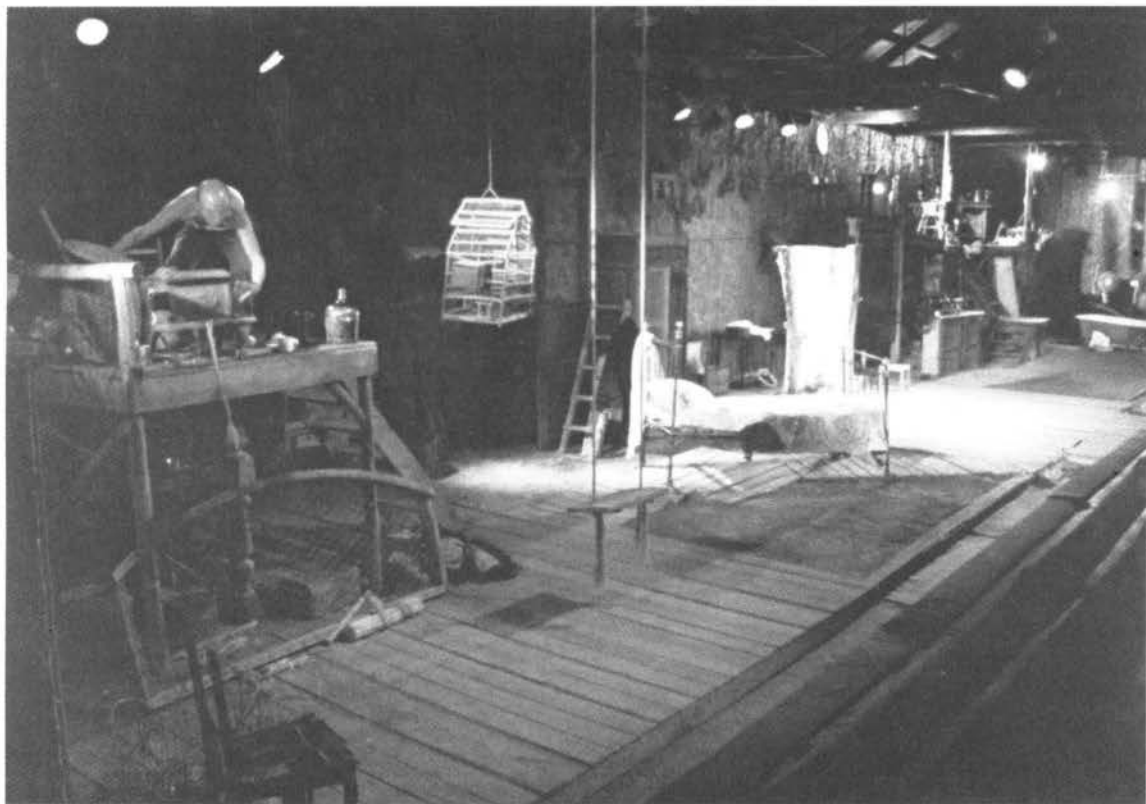
En Andrés Pérez, hubo un persistente ánimo de recuperación patrimonial.

Sin discursos, más allá de seriedades analíticas, un poco como al pasar, él transformó nuestra idea de lo que es un escenario, no tanto trayéndonos algo más a la moda, sino reconduciéndonos a lo que siempre nos ha pertenecido. Como una brisa, su arte nos puso ante la vista un nuevo o un viejo país.

Hijo de la Universidad de Chile, su obra sólo se entiende en plenitud bajo la luz pagana, heroica y un poco triste de nuestros símbolos republicanos: el cerro Santa Lucía, la lucidez de los Parra, la tragedia de Allende, la Pégola de las Flores, los tiempos de Ibáñez. Y la Canción Nacional. ●

Alto a Matucana le una trayectoria

Escenografía diseñada por Juan Carlos Castillo para el **El desquite** de Roberto Parra. Dirección: Andrés Pérez, 1995.





En primer plano: Ivo Herrera, Juan Olavarrieta, (sentados) e Iván Álvarez de Araya. Atrás: Ramón González y Pablo Valledor en **La Huida**. Dramaturgia y dirección: Andrés Pérez. Compañía Gran Circo Teatro, 2000.

corrientes en la puesta. Por primera vez, en las producciones de Andrés, se manifiesta una austeridad y síntesis visual destinada a potenciar el efecto del texto y el dolor que emerge de las palabras. La falta de color, las tonalidades grises, el blanco y negro, se amalgamaban perfectamente con las imágenes cinematográficas, a modo de una crónica poético-documental, en la que realidad y ficción no establecen límites definidos. El sub-mundo revelado produce el desgarramiento necesario, sin caer en lo melodramático. Ya no está la máscara o el maquillaje fantástico, sino que nos encontramos con rostros verdaderos, reales y expuestos.

El uso del espacio de las Bodegas de Matucana es poderoso. La distribución y revelación, desde el inicio, de todos los elementos que se usarán en la acción, establece un espacio de

ritualidad y sacrificio. La cortina de baño, la cama, las sábanas, la reja de la bodega, las botellas, el agua, la tierra, el cemento, las palas, las bancas, son elementos reales y que, separadamente, son carentes de belleza o significado. Pero reunidos junto al texto y a los actores, se transforman en fuertes elementos expresivos, recontextualizando la acción.

Nuevamente vemos, al igual que en otras producciones de Andrés, cómo la limitación de los espacios fue convertida en virtud. Las dimensiones del lugar, con su poca profundidad, determinan una transversalidad exacerbada, similar a lo que ocurría en *El desquite*. Pero esta limitación aparente es utilizada con ingenio, estableciendo la imagen del friso simultáneo, casi como un autogramma moderno. También se produce el efecto de que uno, como

espectador, va seleccionando y editando la imagen, al tener la puesta en escena situaciones paralelas y estar presentadas en forma panorámica. La idea del cine ronda en forma consciente o inconsciente. A esto debemos agregar la importancia de la banda de sonido, que va más allá de un apoyo sonoro, musical o incidental. Esta expande los límites del espacio y del relato, introduciendo una carga trágica constante, mediante una construcción espacial auditiva.

Es importante destacar especialmente el recurso cinematográfico utilizado en la puesta. Es aquí donde se concentra el mensaje potente del director. No son muchas las inclusiones, pero aun si los medios técnicos fueron precarios, el efecto se logra. Las imágenes filmadas del mar, de la madre, o de los muchachos sobre el muro de ladrillo, tienen una fuerza indiscutible. La superposición al movimiento coreográfico escénico real, junto a las sombras proyectadas, produce la sensación de pesadilla y adquiere una rara belleza *genetiana*. Ha sido tradicionalmente difícil incorporar en el teatro trozos de cine. Sin embargo, Andrés logra una justa fusión y complementación de los distintos lenguajes, aún con los mínimos recursos. La plasticidad brutal e imperfecta que se genera, está acorde con lo que Andrés quería transmitir.

En la función que yo asistí, el aplauso final fue muy largo y emocionante. Creo que el público no sólo aplaudía el espectáculo o su actuación testimonial. Aplaudía, además del talento, una postura, una manera de vivir el teatro en toda su intensidad y entrega.

Ese aplauso seguirá resonando entre los recuerdos borrosos que logro mantener de Andrés. ●